





# EL MANUSCRITO DE PRAGA



José Luis Sáenz-Messía

EL MANUSCRITO DE PRAGA



Primera edición: marzo 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Sáenz-Messia

ISBN: 978-84-18097-98-0

ISBN digital: 978-84-18097-99-7

Depósito legal: M-6473-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







PRIMERA PARTE

1580-1600





## CAPÍTULO I

### De cómo en tiempos de turbación conviene hacer mudanza

Cuando John Talbot oyó que golpeaban con furia el portón de su casa, sospechó lo que estaba a punto de ocurrirle. Era casi medianoche, y a esas horas en Lancaster, lloviendo considerablemente como de costumbre, solo los alguaciles se molestarían en dejar su cálido asiento junto al fuego para ir a buscar a un don nadie como Talbot. Además, había buenas razones para presumir que tan inesperada visita tuviera que ver con la justicia. La hermosa y algo entrada en carnes viuda Dickinson cuyo lecho, casa y mesa compartía desde hacía varios meses, había tenido ciertos problemas con la herencia de su pobre esposo, el señor Matthew, panadero, que había amasado con la harina un cierto patrimonio a base de jugarse una mano haciendo pan bajo en peso, fraude por el cual tuvo la fortuna de no ser nunca denunciado. Su repentino fallecimiento causado al parecer por una asfixia (se dijo que padecía el mal del garrotillo, aunque otros aseguraban que fue por una espina de pescado) y la necesidad de acreditar ante el ilustre Gremio de Panaderos que realmente ella era su esposa, reveló que nunca se habían casado, por lo cual la viuda espuria estaba a punto de perder la panadería, la casa y todos sus bienes. Por fortuna para ella, el joven John Talbot, que actuaba por entonces de ayudante con un notario público, acudía con frecuencia a la tahona



más por visitar a la panadera que por adquirir una pieza con que acompañar un trozo de tocino, y se compadeció de sus lágrimas y tras consolarla de sus penas y de su soledad, le propuso su ayuda a cambio de determinados favores entre los cuales no fue el mayor el de estar a mesa y mantel. Talbot cumplió su parte del trato, y aprovechando su empleo con el notario, falsificó un documento que demostraba fehacientemente que el señor Matthew había contraído nupcias con quien ahora era su desconsolada viuda, y añadió al legajo las firmas, igualmente falsas, de varios testigos e incluso la de un inexistente padre N. Griffin que habría sacramentado la unión. Para su desgracia tuvo la brillante idea de documentar el casorio en la iglesia parroquial de Lancaster, que hasta la disolución de los monasterios dictada unos años antes por Enrique VIII había sido un priorato benedictino, y guardaba registros de cuantos frailes, curas y sacerdotes habían recalado entre sus muros, y fue fácil que se evidenciara la inexistencia del imaginario padre Griffin, y tirando del hilo, se hallase de seguido al culpable manifiesto de la falsificación, todo ello a instancias de unos parientes que consideraban tener mejor derecho a la herencia relictiva del señor Matthew.

Talbot comprendió pronto que su futuro pasaba por alejarse con presteza de la viuda y de sus turgencias, y como pudo se vistió, casi a oscuras, mientras oía los ruidosos pasos de los alguaciles subiendo las escaleras. Su intención de saltar por la ventana quedó frustrada nada más abrir los postigos. La altura hasta el empedrado de la calle era más que suficiente para romperse las piernas en el salto, y no había otros tejados próximos para escapar aunque fuera a trompicones. La posibilidad de huir enfrentándose a la justicia era aún más remota si cabe, y no le quedó otra que aceptar dócilmente su destino. Dejó caer los brazos con gesto de resignación y no opuso resistencia al ser apresado junto con su cómplice y patrocinadora, que gritaba histéricamente como si eso fuera a impedir su desdichado destino.

Desde su no muy lejana infancia en las mugrientas calles de la pequeña y húmeda ciudad de Worcester, John Talbot, el mayor

de los tres hijos del respetable señor Patrick Talbot, escribano del consejo, había dado muestras de una brillante inteligencia y un no menos espléndido poder de seducción, probablemente herencia de su madre, conjunto que con los años había derivado en una encantadora habilidad para engatusar, embaucar y engañar a cuantos se ponían a su alcance, a lo que se unió más adelante una extraordinaria pericia para llevar a cabo fingimientos, simulaciones, artificios y camándulas de la más diversa índole, encaminadas inexorablemente a obtener un beneficio económico que le permitiera llevar una vida acorde con sus lujosos deseos y necesidades. Siendo su padre, el señor Patrick, persona de ciertos posibles, había conseguido que por una razonable cantidad de dinero el presbítero de St. Swithin enseñara a leer y escribir a sus dos hijos varones —el tercer vástago era una chica, Elizabeth, y por tanto no había razón alguna para que supiera de letras—, con la esperanza de que un día pudiera sustituirle alguno de ellos en la plaza de escribano. Los esfuerzos del sacerdote no fueron vanos, y John consiguió una aceptable caligrafía, además de leer de corrido los casi indescifrables escritos paternos y traducir algunos párrafos del latín. Cuando llegó el momento, el señor Patrick colocó al pequeño Thomas, su segundo hijo, de aprendiz en una carnicería, y convenció al boticario Winkle para que tuviera a John como mancebo una temporada, sin derecho a comida ni cama, que para eso tenía su casa, reduciendo en consecuencia el estipendio que habitualmente se pagaba para mantener y enseñar a los aprendices. Entre fórmulas y mejunjes el joven Talbot aprendió a desenvolverse como pez en el agua. El señor Winkle, que rondaba los sesenta años y tenía serias dificultades para ver algo a través de sus gruesos lentes, carecía ya de condiciones físicas para ejercer como cirujano, que lo había sido y notable, pero continuaba manteniendo su destreza en el arte de la preparación de cocimientos, emplastes y ungüentos a base de desconocidas hierbas y misteriosas sustancias que guardaba celosamente en la alacena, junto a una pequeña colección de libros polvorientos y

pliegos de pergaminos donde anotaba sus recetas. Poco tiempo faltó para que Talbot aprovechara un despiste de su maestro para echar un rápido vistazo a los manuscritos. Allí estaba el «*Pequeño Herbario*» del sapientísimo Anthony Ascham, de quien tanto hablaba el señor Winkle, y también otra docta obra del mismo autor sobre astronomía y la influencia de los planetas, signos y constelaciones en las hierbas y la preparación de los remedios, así como un gran volumen lujosamente encuadernado en pergamino de un tal *Paracelso*, escrito en un idioma que desconocía, y que a tenor del tamaño y de las ilustraciones debía ser persona de mucho renombre, y otro pequeño, de no más de cinco pulgadas de alto, con letra diminuta titulado «*De i Secreti de Natura*» cuya última página indicaba que había sido impreso en la ciudad de Venecia, ciudad de la que nunca había oído hablar, pero que supuso que estaba en el continente. También había un libro sobre alquimia de Sir George Ripley que hablaba de las doce puertas de la piedra filosofal, lo que no llegaba a entender del todo, pues no veía sentido alguno a la existencia de tal número de puertas en una piedra, por muy filosófica que fuera esta. Talbot para entonces ya había oído hablar de los alquimistas, que al parecer trabajaban en oscuros y recónditos laboratorios para encontrar una piedra con la que podían convertir en oro cualquier cosa, pero no creía que eso fuera posible. Aunque nunca había visto un alquimista, dudaba que el señor Winkle lo fuera. Su aspecto era demasiado vulgar, y además no tenía pinta de tener mucho oro. En los escasos meses que llevaba a su servicio, apenas le había visto hacer un gasto extraordinario, y nunca desperdiciaba ni una mota de los ingredientes utilizados para preparar sus pócimas, y hasta los restos de hierbas secas que caían sobre la mesa durante la preparación eran recogidos cuidadosamente y vueltos a introducir en su frasco. Lo único valioso que había en la botica por lo que se pudiera sacar algún chelín eran las vitelas nuevas que conservaba apiladas en un armario con puertas de vidrios emplomados y cerrado con llave, y que por la cantidad de polvo que almacenaban

debían llevar allí bastantes años. Para su infortunio, Winkle nunca se separaba de su llave y era imposible conseguir los pergaminos sin hacer una desgracia en el mueble.

Apenas habían transcurrido dos años desde que Talbot entró como mancebo en la botica, cuando unas fiebres producidas por la enfermedad del sudor, que había afectado a varios parroquianos de Worcester y de sus alrededores, se llevaron para siempre al señor Winkle. Como era soltero y no se le conocía descendencia, se hizo cargo del entierro el consejo municipal, que se cobró los gastos confiscando buena parte del mobiliario y enseres de la botica, oportunidad que aprovechó el joven pupilo para romper la cerradura del armario con cristales emplomados antes de que llegaran los alguaciles, y llevarse todas las vitelas y los libros en una saca, así como una bolsa de monedas que el finado tenía escondida en la rebotica. Aunque era un pillaje manifiesto nadie le recriminó por ello. Cuando los mandatarios del consejo marcharon con los enseres, el vecindario entró en tromba por la casa y la botica para apropiarse, según la costumbre, de todo lo que quedara.

Del resultado del saqueo no mencionó nada a su familia, ocultando el botín como mejor pudo; los libros simplemente los hizo pasar como compensación por los dos años de trabajo, y aunque al señor Talbot padre no pareció gustarle mucho la explicación, tampoco dijo nada en contra, y aprovechando que el muchacho ya había cumplido los dieciséis años, consideró la oportunidad de que comenzara su carrera como escribiente, poniéndole a trabajar con él. De esa época, que duró casi otros tres años, John conservó una esmerada caligrafía y un buen conocimiento de los diferentes tipos de vitelas y pergaminos, así como de las plumas de ave que debían usarse para cada ocasión, de ganso, de cuervo, de halcón o búho o incluso lechuza, y cómo había que afilar la punta y quitar las barbas sin dañarlas. También de esta época fueron sus primeros escarceos con los retoques, raspados y cambios imperceptibles en los documentos, si bien no le es atribuible por completo la culpa, ya que el honorable señor Patrick tuvo que instruirle en tan sutil

arte para disimular los errores, los borrones de tinta y otras imperfecciones que inevitablemente se producían. Nadie podría en cambio mantener que las descaradas falsificaciones que comenzó a confeccionar poco a poco en beneficio propio, estuvieran en absoluto patrocinadas o siquiera sugeridas por su señor padre, cuya integridad y rectitud eran sobradamente conocidas y celebradas en todo Worcester. No obstante sí resulta verídico que el señor Patrick tuviera que ocultar (y en alguna ocasión indemnizar de su propio bolsillo por tal causa) la existencia de ciertos documentos extendidos por su vástago, que al parecer no respondían con la adecuada exactitud a los hechos, o incluso reflejaban acontecimientos inexistentes. Llegado a este punto, y considerando que la situación no podía sino empeorar, se vio obligado a despedir de los menesteres de la fe pública a su hijo, ya que comenzaba a peligrar su propia situación en el Consejo, y para evitar que permaneciese ocioso en la ciudad, con el inevitable riesgo de nuevas amistades poco recomendables, dispuso que el joven fuera a pasar una temporada a casa del hermano de su mujer, en Preston, al noroeste de Manchester, con la secreta esperanza de que su cuñado Henry le cortara las alas y encauzara sus tendencias incipientemente delictivas hacia empeños más recomendables.

Henry era el deán de la Catedral de Preston, y tenía una especial predilección por todo lo relativo a los difuntos. Se ocupaba personalmente de que los entierros se hicieran correctamente y las honras fúnebres se llevaran a cabo como verdaderas celebraciones. Hombre muy ceremonial, con su voz engolada y con un toque de falsete, ya el primer día dio instrucciones a su sobrino y nuevo pupilo de cómo debía comportarse en las solemnidades, advirtiéndole mediante la exhibición de una amenazadora correa de las desagradables consecuencias físicas que conllevarían sus faltas. El joven Talbot aprendió deprisa los protocolos y reverencias que se le exigían, pues pronto comprobó que su tío el deán no se preocupaba por otra cosa, y el cumplimiento estricto de sus obligaciones y horarios le permitía tomarse algunas libertades en lo relativo a sa-



lidas y amistades. Así, antes de llevar un año en Preston, Talbot ya tenía buenas relaciones con toda la cofradía de pícaros y truhanes del Lancashire, realizando pequeños encargos que le reportaban algunos peniques. Habitualmente se trataba de hacer de gancho para desplumar a un viajero interesado en visitar lugares poco confesables como una casa de juego o un burdel, e incluso en una ocasión facilitó la entrada en la Catedral para llevarse las limosnas del cepillo, pero la escasa entidad del botín no acabó compensando el riesgo, y no se repitió la correría.

Ya había cumplido los veintiún años cuando le llegó un encargo especial. En la región había un cirujano que al parecer estaba escribiendo un tratado sobre el arte de la medicina, y había acudido a un rufián de Manchester para que le facilitase un cadáver que no llevara mucho tiempo enterrado, con el fin de utilizarlo como modelo para sus dibujos de anatomía, y este a su vez le traspasó la embajada a Talbot, con quien tenía cierta confianza. Según explicó, en Manchester era casi imposible conseguir un cadáver relativamente fresco, aunque no dijo si era por un exceso de demanda, por falta de materia prima —lo que se antojaba dudoso—, o más bien por causa de las dificultades inherentes desde el punto de vista legal a tan macabra encomienda. El rufián de marras no había querido saber nada del asunto, pero consideró que siendo Talbot el sobrino del deán de la catedral y ayudante de este en los menesteres funerarios, según entendía era más que posible que conociera el fallecimiento de algún parroquiano, dónde había sido enterrado y cuándo, y pudiese penetrar con alevosía en el cementerio local y hacerse con el cuerpo del delito. Y aunque Talbot reunía todas las características relatadas por su compinche, advirtió que no era trabajo para un hombre solo, y que además necesitaría una carretilla para transportar el muerto lejos del camposanto y depositarlo donde fuera preciso. Finalmente, el compinche, un tal Waring conocido con el nada dudoso apodo de *Jack Knife*, aceptó acompañarle para cavar en la sepultura y hacer el transporte, pero en absoluto tocar el cadáver, porque eso le producía, tuvo que reconocerlo, una

sensación intermedia entre espanto y repugnancia. Cómo se apañó Talbot para sacar el cuerpo de lo que debería haber sido la última morada del desventurado difunto, sin ayuda del amigo rufián, es algo que pertenece al misterio. Pero es obvio que lo sacó, y entrambos lo transportaron a un almacén donde un desconocido lo cargó en un carromato tirado por una yegua cojitranca, desapareciendo a continuación en dirección ignota entre la espesa niebla que se levantaba desde el Ribble.

El asunto pasó desapercibido. Talbot y Jackknife habían trabajado cuidadosamente, y apenas fijándose mucho se hubiera podido sospechar que la tumba había sido profanada. El éxito en la faena tuvo como casi inmediata consecuencia un nuevo encargo con igual cometido al anterior. Por prudencia, y también obligados por el bajo número de fallecimientos en esos días, dejaron pasar tres semanas, transcurrido cuyo plazo repitieron la operación esta vez con el cadáver de una joven que había dejado este mundo como consecuencia de un parto complicado. Sin dejar pasar más que unas horas, al llegar la noche la desenterraron y anduvieron de nuevo el camino con su lúgubre carga hasta el almacén.

El negocio era desagradable ciertamente, pero estaba dando pingües beneficios. Además, Talbot no tenía la sensación de estar haciendo nada malo. Después de todo, el muerto muerto estaba, y a nadie iba a perjudicar que el cirujano desconocido usase el cuerpo para sus extrañas investigaciones. Y en lo que al alma del difunto se refería, conjeturaba con razón que poco o ningún efecto iba a hacerle que lo sacaran o no de su tumba. Con estas reflexiones y otras parecidas, siguió exhumando cuerpos con los intervalos de tiempo que la elemental cautela exigía para no ser descubiertos, pero quiso la fortuna que el enterrador habitual, que andaba un poco mosca, les sorprendiera en el momento en que Talbot cargaba en la carretilla con enorme esfuerzo el cadáver de un fornido herrero, víctima de un cólico miserere, y que cayó ruidosamente de nuevo a la fosa al oírse los gritos enfurecidos del sepulturero, mientras los dos bribones ponían tierra por medio con rápidas

zancadas, perdiéndose en la oscuridad del camposanto. Talbot apenas tuvo tiempo de llegarse hasta la casa de su tío, hacer un hatillo con las cuatro cosas que tenía y recoger el fruto económico de sus andanzas, que tenía guardado dentro del colchón, y desaparecer como alma que lleva el diablo, antes de que al deán le llegase la noticia de que su sobrino era un ladrón de cadáveres, y tuviera que vérselas con él y su correa, además de con la justicia.

Durante los tres años siguientes cambió de residencia y oficio con frecuencia. Fue visto en Liverpool, donde se dice que ejerció de ayudante en el taller de un reconocido alquimista, con el cual seguramente tuvo oportunidad de aprender los rudimentos del Gran Arte, y también estuvo en Gales, donde puso en práctica las enseñanzas del maestro alquimista, y mezclando con atrevimiento diferentes partes de su pasado, hizo correr el rumor de que había encontrado en la tumba de un obispo unos antiguos manuscritos que describían con exactitud cómo fabricar oro, y por si eso no bastaba en la propia sepultura había hallado también un saquito con polvo de oro alquímico, con el cual se convertía en el preciado metal el plomo por su simple contacto. De los frutos de tales experimentos y artificios nada se sabe, pero éstos no debieron resultar muy rentables ni efectivos porque hacia el año de gracia de 1580, contando a la sazón veinticinco años justos, recaló tan escaso de recursos como de costumbre en la ciudad de Lancaster, donde sus escarceos con la viuda Dickinson y sus habilidades para falsear documentos, culminaron con su repentino arresto junto a su amante y la presencia de ambos ante los tribunales comunes. Fueron castigados con escarnio público en la picota a lo largo de todo un larguísimo día, durante el cual tuvieron que soportar, sujetos por la cabeza y manos en un cepo colocado en lo alto de un estrado en la plaza pública, que sus propios convecinos les arrojaran al rostro verduras podridas, excrementos de caballerías, cubos de aguas menores y mayores e incluso ratas muertas. Pero no fue eso lo peor en el caso de Talbot, ya que como autor material de la falsificación, su condena incluyó además la mutilación de ambas orejas, de forma

que quedase marcado de por vida como falsario y engañador. Y aun así, tuvo que dar gracias al cielo porque le cortaron cada oreja con un cuchillo afilado y de un solo tajo, y no le hicieron como se contaba del sedicioso Thomas Barrie, cuyas orejas fueron clavadas al cepo en Newbury, y tuvieron que arrancarlas para poder liberar su cabeza del tormento, lo que le provocó una muerte horrible.

Las atroces heridas tardaron en curar y cicatrizar varias semanas, que pasó en una casa de misericordia como el desdichado indigente en que se había convertido. Solo conservaba, por tenerlos a buen recaudo, los libros y pergaminos que se había llevado años atrás en un saco de la casa del boticario Winkle. El resto, monedas, ropa y enseres habían quedado en la casa de la ex-viuda Dickinson, de la cual por cierto nunca más se supo. Con las cicatrices ocultas por una capucha negra de monje, abandonó Lancaster para siempre, sin echar un último vistazo a la ciudad en la que literalmente dejaba una parte de su ser.

Su siguiente destino fue Londres, donde esperaba encontrar, como siempre, mejor fortuna. La capital del reino atraía como un imán a cuantos rateros y canallas trataban de llenar su bolsa a costa de un prójimo más o menos honrado, y las infectas callejas de sus barrios daban cobijo a quienes tuvieran el valor y el coraje de pasar la noche en ellas. Como guiado por un instinto inexorable, Talbot llegó a la taberna de Blynesgate, cerca del activo puerto de Billingsgate, donde tenía por costumbre darse cita nocturna lo más granado de la delincuencia londinense, y no tardó en entablar conversación con gentes de vida disoluta, que le aconsejaron cómo hacerse con unos imprescindibles peniques con los que pagar un alojamiento y comprar algo de comida. Siempre cubierto por su monacal capucha negra, que no solo escondía sus cicatrices, sino que ocultaba parcialmente su rostro evitando identificaciones engorrosas, dejó crecer su pelo en una mugrienta melena que disimulaba en mayor medida la traumática carencia de los apéndices auriculares. Durante unos meses malvivió como pudo en los arrabales del puerto, hasta que por azar su suerte dio un pequeño

vuelco y tuvo la oportunidad de sacar unas monedas falsificando un salvoconducto, que permitiría a su portador viajar al interior desde Billingsgate. Una falsificación llevó a otra, y en poco tiempo Talbot pudo rehacer su más que maltrecha economía. Alquiló una habitación decorosa a una vieja sorda, que por unos peniques más le daba de comer una sopa infecta pero caliente, e instaló allí su taller para elaborar documentos falsos e imitaciones convincentes de títulos, legajos, pliegos y manuscritos con los que, poco a poco, iba saliendo de la miseria con la que llegó a Londres. Finalmente no tardó en presentarse la oportunidad de convertir el engaño en estafa organizada, merced a la colaboración inapreciable de algunos colegas del Blynesgate, y así fue alternando sus habilidades de escribiente con otras nuevas farsas y engaños, que le proporcionaron pingües ganancias.

Pero, como dicen, nunca dura mucho la alegría en la casa del pobre, y el éxito y difusión de sus quehaceres en las artes de fraudes y engaños documentales no pasaron desapercibidas a las autoridades, que, no sin cierta torpeza, iniciaron las averiguaciones para hallar y poner bajo la tutela de la justicia al autor de tan peligrosos delitos. De la dicha torpeza y lentitud de las pesquisas pudo dar gracias a Dios Talbot, que alertado por sus compinches de que se había puesto su persona en búsqueda y captura, y temeroso con razón de que como no podían volver a cortarle las orejas le cortarían la nariz o, peor aún, la cabeza, recogió su negocio de la casa de la vieja sorda, hizo un hatillo, y se marchó a buscarse la vida a otra ciudad, sin pagar dos semanas de alojamiento que adeudaba ya a la casera, quien por causa justamente de sus problemas de oído, no se enteró de la huida hasta la mañana siguiente, cuando la justicia fue a buscarle y mostraron, ante su estremecida mirada, el pasquín en que se ordenaba la persecución de su pupilo por crímenes y delitos contra su graciosa majestad Elisabeth I, Reina de Inglaterra.

